

DOSSIER

Pueblos digitales

**ANTE EL VÓRTICE. EXPLORANDO SIGNIFICADOS
SOCIOLÓGICOS Y USOS POPULARES DE LA
CONECTIVIDAD DIGITAL DE GAYS MAYORES.**

**BEFORE THE VORTEX. EXPLORING SOCIOLOGICAL
MEANINGS AND POPULAR USES OF OLDER GAY
MEN'S DIGITAL CONNECTIVITY.**

Ernesto Meccia

Universidad de Buenos Aires – Universidad Nacional del Litoral

Doctor en Ciencias Sociales, Magíster en Investigación en Ciencias Sociales y Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Profesor titular de grado y posgrado en la UBA y la Universidad Nacional del Litoral. Dicta "Métodos cualitativos de investigación social" y "Biografías y sociedad. Metodologías y técnicas de investigación". Sus principales temas de interés son homosexualidad, discriminación, subjetividad, identidad e interacción social.

Contacto: ernesto.meccia@gmail.com

ORCID: [0009-0005-0873-0344](https://orcid.org/0009-0005-0873-0344)

DOI: [10.5281/zenodo.14068305](https://doi.org/10.5281/zenodo.14068305)

RESUMEN**PALABRAS CLAVE**

Gays mayores
Conexión digital
Subjetividad
Aceleración social
Sociabilidad

El artículo se propone analizar la presencia y los usos de la conectividad digital en la vida cotidiana de gays mayores. El texto se estructura en partes. La primera trata de la llegada de la conectividad interactiva de la web 2.0. Aquí se reflexiona sobre el significado primario que tuvo la sociabilidad en redes para personas discriminadas cuyas subjetividades estaban habituadas a la sociabilidad territorial. La segunda parte se ocupa de los usos que los gays mayores hacen de la conectividad, es decir, de las formas en que paulatinamente desarrollan otros hábitos y descubren nuevas posibilidades de interacción (en sentido amplio) en los espacios digitales.

ABSTRACT**KEYWORDS**

Older gays
Digital connection
Subjectivity
Social acceleration
Sociability.

This paper aims to analyze the presence and uses of digital connectivity in the daily life of older gays. The text is structured in parts. The first addresses the arrival of the interactive connectivity of web 2.0. Here we reflect on the primary meaning that sociability in networks had for discriminated people whose subjectivities were accustomed to spacial sociability. The second part look at the uses that older gays do of connectivity, that is, the ways in which they gradually develop other habits and discover new possibilities of interaction (in a broad sense) in digital spaces. In other words, the text addresses the interruption of a habit and its consequences.

Fecha de envío: 09/06/24**Fecha de aceptación: 10/09/24**

1. La propuesta

En este texto me propongo explorar algunos usos y significados de la conectividad digital para gays mayores,¹² asumiendo que estas personas, en un contexto de aceleración del tiempo social, debieron enfrentar una problemática migratoria: desplazarse (con menos o más intensidad) desde la sociabilidad territorial a la sociabilidad virtual. Por supuesto, se puede señalar que por la misma situación han pasado sus pares etarios heterosexuales. Sin embargo, existen algunas particularidades sociohistóricas dentro del mundo gay que hacen de esta dislocación de la sociabilidad un fenómeno particular. La llamada brecha digital, que alude mayoritariamente a cuestiones de localización geográfica, de clase social y edad, encuentra aquí un ejemplo poco transitado y desafiante para los estudiosos de las Ciencias Sociales ya que incita a pensar la desigualdad en el acceso a las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) en términos de la edad combinada con la pertenencia a un grupo social discriminado.

2. Significados sociológicos de la conectividad digital

2.1. Subjetividad, territorio e interacción social

Como han mostrado muchas investigaciones que se preguntaban sobre la construcción de identidades y comunidades sexuales minoritarias (en tiempos lejanos de represión abierta, pero también más cercanos), el espacio y el tiempo funcionaban como variables fundamentales que operaban en conjunto. Acaso el famoso concepto condensante de “cronotopo” de Mijail Bajtin (1989) pueda ser evocado aquí: era solo de algunos espacios de la ciudad que brotaba vida gay y eso sucedía (o era posible) solo en algunos momentos del día. En este plano, la experiencia de un tiempo *non sancto* dentro de espacios expresamente acondicionados a tal fin, y donde la amenaza o el recuerdo de la represión formaban parte del contexto,

¹ La Convención de Derechos Humanos de las personas mayores del año 2015 ratificada en Argentina en el 2017 define a la persona mayor como: “aquella de 60 años o más”, y entiende la vejez “como construcción social de la última etapa del curso de vida” y al envejecimiento como un “proceso gradual”. <https://www.argentina.gob.ar/salud>

² En otros escritos (especialmente, Meccia, 2021) suelo llamar a los integrantes de esta generación como los “últimos homosexuales”.

representa un contenido vivencial singular de la sociabilidad joven de los gays que hoy son mayores.

Puede señalarse la clandestinidad y la marginalidad de los antiguos lugares de encuentro de los gays que hoy son veteranos (los baños públicos, las plazas, los baldíos). Sin embargo, desde el punto de vista de ellos, los encuentros representaban mucho más que una posibilidad erótica: eran también lugares que funcionaban como estímulos cognitivos para pensar que no estaban solos en el mundo. Si era cierto que aquello de lo que no se hablaba en gran medida no existía, los gays que se socializaron en la segunda mitad del siglo XX tuvieron una compensación: las interacciones cara a cara en esos espacios. Se trataba de comportamientos recíprocamente referidos que valieron mucho, tanto, como si hubieran sido las palabras que no tuvieron. Ver en un lugar aquello a lo que se niega espacio en el espacio mental, ver ahí mismo la postal imposible de encontrar en el álbum familiar fueron, en perspectiva, posibilidades para localizar su yo en el mundo, que excedían el sentido sexualizado del uso del lugar.³

Para un estudioso que asuma que el sentido de sí mismo no se lo pueden auto suministrar las personas, sino que es adquirido mediante la interacción social, una experiencia como la aludida tiene un carácter profundamente formativo que deja huellas perdurables en la subjetividad. En efecto, los entornos territoriales dentro de los cuales los cuerpos de los gays comparecían ante los cuerpos de otros gays (aún sin palabras, aún en la oscuridad, aún sólo a través de lo táctil, aún en el anonimato), funcionaban, probablemente, como el único medio que les concedía algún grado de certidumbre sobre quiénes eran por los tiempos en que la demonización de la homosexualidad hacía que fuera palabra prohibida.

El historiador George Chauncey (2023) suscribe a la conjetura cuando sostiene que en circunstancias de represión de la homosexualidad sólo se podía tener privacidad en público y que eso, justamente, más que un obstáculo fue una condición para la creación de un mundo gay en las calles.

Con el paso del tiempo y en consonancia con nuevas configuraciones políticas, jurídicas y culturales, muchos entornos territoriales dejaron de ser oscuros y estar al borde de la clandestinidad; aparecieron circuitos gays visibles en medio de la noche, inclusive institucionalizados, como los pubs y

3 Un extenso desarrollo de estas hipótesis se puede encontrar en Meccia, Ernesto (2021): capítulo 3.

las discotecas, que se convirtieron en los espacios sucedáneos para la interacción y el desarrollo de afinidades identitarias.

Quiero decir que, de una u otra forma, cuando fueron jóvenes, los gays que hoy son mayores fueron “territorialmente dependientes” para hacerse ver y hacerse valer como gays: todo un *modus operandi* grupal para la inteligibilidad personal.

Ciertamente, este *modus operandi* no se reducía solo a las interacciones con fines erótico sexuales en los territorios. También, para las generaciones que nos ocupan, la cuestión interaccional fue necesaria para la adquisición de esa clase de saberes *ad hoc* que los grupos impopulares crean para encarar asuntos derivados de la discriminación. En nuestro caso, saberes que se desprendían de amargas experiencias vividas, por ejemplo, en la familia y en el trabajo y, de gran importancia, saberes para encarar los momentos más difíciles de la crisis del SIDA en los años 90 y otras cuestiones referidas a la salud sexual en los terribles escenarios médicos.

Si los observamos desde esta perspectiva, también podríamos decir que, a la vez que “territorialmente dependientes”, estas personas fueron “interaccionalmente dependientes” para estabilizar significados de sí mismos. Esta doble dependencia es central para el desarrollo de nuestro argumento, ya que muestra una singularidad que no puede extrapolarse a sus coetáneos heterosexuales e, inclusive, a otros colectivos discriminados.

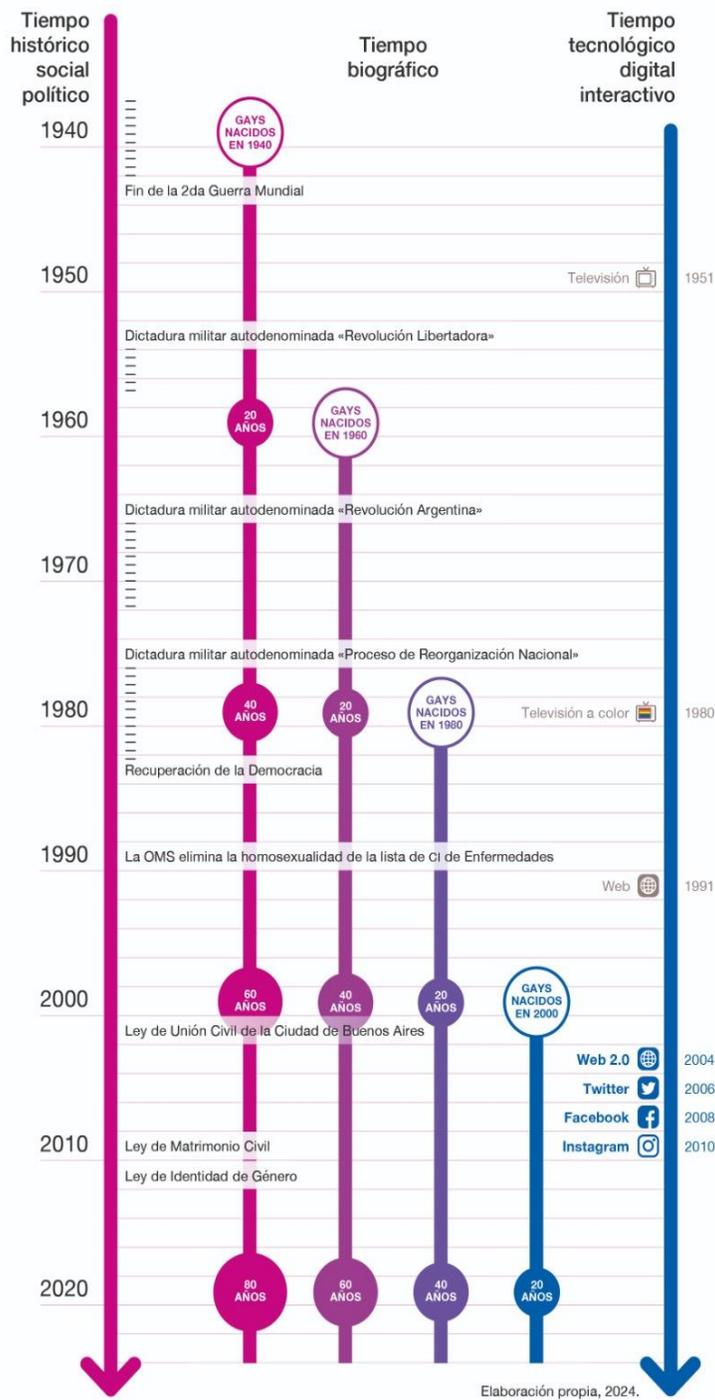
Si pensamos en los gays nacidos en los años 40, 50 y 60 (en la actualidad, *grosso modo*, de 80, 70 y 60 años), no es posible entender la toma de conciencia de sí en tanto que gays si no es través del peculiar entrelazamiento entre las escenas construidas sobre los territorios y los saberes transmitidos durante interacciones conversacionales entre “compañeros de infortunio” (Goffman, 2006).

Esta conjetura remite a mucho más que a una cuestión genérica de socialización secundaria o de resocialización cognitiva; antes bien nos habla de algo existencial, es decir, de la manera particular en que un conjunto de personas fue arrojado al mundo y pudo, a pesar de todo, ir construyendo su propio mundo.

Intento describir, como para resumir esta parte, el trabajo cotidiano de un pueblo invisible (oculto entre y por el pueblo oficial) para hacerse un lugar habitable bajo el sol y las condiciones de doble dependencia en que lo realizó.

Por el tiempo en que empezó a popularizarse la conectividad interactiva (traigamos como referencia 2004, año de aparición de la web 2.0), los gays nacidos en los años 40, 50 y 60 (en la actualidad, *grosso modo*, de 80, 70 y 60 años) tenían 60, 50 y 40 años, respectivamente. ¿De qué formas pudieron, 20 años atrás, darle significado a la web con los usos que entonces permitía? ¿De qué formas podrán significarla hoy, luego de que ésta sumara más capacidades para la interacción, tantas, que se asemeja a un vórtice a punto de engullir la vida social? ¿De qué maneras aquel pueblo silencioso y anónimo sigue (si es que lo hace) construyendo comunidad y/o afinidades identitarias? ¿De qué clase de comunidad se trataría? ¿Cómo condicionarán las antiguas rutinas de socialización de estas personas los significados y los usos de Internet? En suma: ¿cómo seguirá *on line* el derrotero vital de una generación que pertenece a un grupo discriminado que aprendió a hacerse inteligible *off line*?

El cuadro 1 trata procura situar a los lectores en nuestra problemática: muestra el tiempo biográfico individual de los gays (en especial, de los mayores) rodeados, hacia a la izquierda, por el tiempo histórico, social y político y, hacia la derecha, por el tiempo en que Internet superó su función informativa incorporando TICs que posibilitaban la interacción y la producción de contenidos de auto representación escritos y visuales.



2.2. Ante el vórtice: resonancias literarias para una reflexión sociológica

Como podemos observar en el cuadro, la web 2.0 comenzó a funcionar en 2004. Cuesta transmitir, aunque no imaginar, las sensaciones que pudieron despertar las pantallas en los gays que por entonces tenían 60, 50 y 40 años. Resultaba que habían construido un mundo poniendo el cuerpo en el espacio y ahora enfrentaban una pantalla y tenían a mano un mouse para, teóricamente, hacer lo que hacían, pero sentados y en pijama.

Escribo y recuerdo al campesino de Franz Kafka sentado ante la puerta de la ley. El narrador dice que cuando el guardián se alejaba de ella el campesino asomaba la cabeza para espiar, como para ver cómo era el mundo ahí adentro. Sentía su magnetismo, pero no podía entrar. Tal vez, por enésima vez, los sujetos de mi reflexión miraban el mundo desde afuera y también por enésima vez sentían que se los reducía a la condición de espectadores.

En paralelo, el recuerdo de las leyes de Arthur C. Clarke (1962) me resulta estimulante para pensar la actitud de los gays mayores ante la súbita tecnologización digital de la vida. La tercera ley decía que cualquier tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia (¿podría pensar muy distinto un señor gay de 60 años habituado durante décadas a caminar y caminar para agenciarse un *partenaire*?). La primera, por su parte, sostenía que cuando un científico distinguido, pero de edad avanzada afirmaba que algo es posible, era casi seguro que tenía razón. En cambio, cuando afirmaba que algo era imposible, es casi seguro que estaba equivocado. Los imagino frente a la pantalla de la computadora, a inicios del siglo XXI, dando crédito paulatinamente a la magia de los primeros chats, pero pienso que, salvo para los nativos digitales, no había esfuerzo imaginativo que les hiciera dar el salto desde ahí a la pantalla de los celulares con el logo de Grindr. Este lugar era un imposible para el pensamiento de entonces y una equivocación desde el día de hoy.

Pero cuando pienso en los gays que hoy son mayores recuerdo más que nada a don Quijote, quien, fiel al espíritu caballeresco, hundió su lanza en un molino de viento creyendo que sus aspas eran los brazos de un gigante a combatir. Era claro: don Quijote hacía una lectura de lo que tenía ante los ojos con imágenes de un mundo (de fantasía) que había forjado su mente. Tal vez a estos gays les haya sucedido algo parecido: al menos al principio, vieron en las promesas interactivas de la pantalla algo a combatir porque el

mundo real estaba afuera y nadie mejor que ellos (sus constructores) para asegurarlo. Todavía no sabían que ese mundo se convertiría también en otro mundo de fantasía.

Así, tironeados por la sorpresa, la desconfianza y el desconcierto, pero también por una extraña atracción, los gays veteranos de la sociabilidad de territorio tuvieron sus primeros contactos con el mundo de la web interactiva. Pienso que sus sensaciones también pudieron compararse con las que, según los antropólogos, tienen quienes se encuentran frente a un *totem*: simultánea o sucesivamente, dan ganas de tocarlo para adorarlo, dan ganas de alejarse para no profanarlo.

El *face to face* de estas personas con las computadoras y luego con otros dispositivos móviles cuyas marcas distintivas son la interacción y la producción de contenidos de visibilización y auto representación, traen temas de gran interés. Presentamos tres de ellos.

El primer tema es la relación entre la cultura y las tecnologías digitales. El poder succionante de vida social por parte de la conectividad digital conduce a la existencia de una biblioteca cuyas dos etiquetas principales son el “panoptismo digital” y la “gubernamentalidad algorítmica” (Domínguez y Domínguez, 2023). Estas formas de pensar la relación entre las personas y los entornos virtuales ponen énfasis en la eficiencia de las TIC para delinear y fijar sujetos mediante el almacenamiento de datos. Tiñe la relación con sospechas alienantes. En paralelo, se desarrolla otra biblioteca que, sin desconocer los aportes de la anterior, se ubica del otro lado del mostrador para estudiar las formas de presentificación de la cultura en la web y los usos de la gente. Aquí se quiere significar que los espacios virtuales funcionan como cajas de resonancia de asuntos que ya estaban instalados o, al menos, resonando, en el mundo de la cultura en general.

Tomemos como caso la “salida del armario” de los gays que hoy son mayores. En el libro *El efecto Facebook*, de David Kirkpatrick, Marc Zuckerberg hace un comentario que resuena particularmente dentro del mundo gay, en especial, para la generación que analizamos, para la cual el secreto y, como grado más desarrollado, la “discreción” (Pecheny, 1994), eran marcas singulares de la interacción social.

Se tiene una única identidad. Aquellos días en los que se tenía una imagen distinta ante los compañeros de trabajo y otra ante el resto de las personas

conocidas acaso llegue pronto a su fin. Tener dos identidades es un ejemplo de falta de integridad (2010: 199)

La cita expresa las expectativas oficiales de la compañía (algo así como volver más transparente el mundo) y lo hace en términos morales. Sin embargo, con anterioridad, en el mundo gay, desde los años 80, ya existía el imperativo de la transparentación de uno mismo ante el mundo; ello sucedió desde que los movimientos políticos lograron colocar en el imaginario social la idea de la “salida del armario”, idea de un éxito sorprendente en el imaginario popular gay y no gay porque, en efecto, nació en como una receta de vida para un grupo minoritario y, sobre el fin de siglo XX, otros colectivos discriminados y hasta el habla cotidiana la habían incorporado como una especie de mantra liberador (Plummer, 1995).

Por lo tanto, es relevante preguntarse qué puede suceder cuando una oferta de subjetivación ya existente en la cultura se convierte en una oferta de la tecnología. Primero, porque permitiría observar con qué nuevas reglas del juego la segunda condiciona la realización de la primera. Segundo, porque, al mismo tiempo, la digitalización trae recursos que posibilitan que los usuarios creen productos de auto representación de diferente nivel de alineamiento con las imágenes hegemónicas presentes en la cultura (en este caso, de la salida del armario). Tercero, porque para la generación de gays que hoy son mayores, tanto la salida del armario como la posibilidad de que la se tramite digitalmente deben considerarse como cuestiones que atañen a una inédita aceleración del tiempo social y al modo en que ésta afecta la experiencia. (Rosa, 2016; Cristiano, 2020) De esta manera, los gays veteranos no encontrarían algo nuevo en la web en el nivel de los contenidos culturales sino novedades en cuanto a la operatoria o, mejor dicho, a la gestión de los mismos.

El segundo tema es la relación entre la aceleración del cambio social y el cambio subjetivo. En parte importante de mis investigaciones (Meccia, 2021) me dediqué a inventariar los cambios sociales que afectaron la vida de los gays en Buenos Aires y sus alrededores desde la reapertura democrática de 1983 hasta la actualidad. Fue así que detallé tres procesos de desenclave: el territorial, el relacional y el representacional que, entendí, podían verse como efectos de la extensión de la vida democrática y, más aún, de la legitimidad (siempre relativa, siempre en comparación) que iba adquiriendo

la homosexualidad en el plano de la cultura, cada vez más sensible a los proyectos de vida y a las elecciones personales.

Una prueba de ello fue el creciente vaciamiento de los territorios tradicionales de socialización que, habíamos sostenido, fueron vectores centrales en la conformación del mundo gay para la generación que estamos tratando. Si la vida gay estaba hasta entonces enclavada en ciertos territorios que transitaba la misma gente, con posterioridad comenzó a esparcirse por otros espacios de la ciudad en los que se mezclaba gente gay y no gay; un fenómeno de des-diferenciación social que se puede corroborar, por ejemplo, con el ocaso del “boliche gay” y el éxito de las “fiestas”.

El boliche estaba sito (fijo) en un lugar, las fiestas, al contrario, son itinerantes y no sólo eso: se autoproclaman como “heterofriendly”. Concomitantemente, muchos sitios y eventos de ocio nocturno son promocionados como “gayfriendly”. Imagínese la significación que esta dislocación de la experiencia pudo tener para personas cuyos espíritus estaban acondicionados a una sociabilidad unitaria fuertemente anclada en lo territorial. Pero imagínese también (sugiero consultar otra vez las líneas del tiempo del gráfico 1) que este sacudón llegaba en un momento en que estas personas ya no eran jóvenes.

Uno podría pensar que estaban acostumbrados a tener el mundo “ahí” (quieto, al alcance de la mano), y que el cambio social lo hizo más grande y, por eso, menos aprehensible. Es en este contexto de cambio que aparece otro cambio: el cambio representado por las posibilidades de socialización a través de la web, y, como si fuera poco, son sabidos los cambios descomunales en materia de tecnologías digitales de los últimos veinte años.

En el habla cotidiana de los gays que hoy son mayores aparecen con frecuencia razonamientos que desestiman la interacción social vía TICs y ensalzan con adjetivos graciosamente generosos la antigua sociabilidad territorial, evocada como un paraíso perdido. Es una desestimación cuyo origen da lugar a un interrogante difícil de responder: cuesta creer que provenga solamente de experiencias negativas repetidas con la web. Antes bien, se podría pensar que estas personas tendrían disposiciones de sociabilidad que duraron más de lo debido porque sobrevivieron a las condiciones sociales en que se habían producido; es decir, bien podría proponerse que la desestimación representa un fenómeno de inadaptación e

indisposición frente a demandas inesperadas de reconversión personal, una situación que describió muy bien Pierre Bourdieu:

La remanencia, en la forma de habitus, del efecto de los condicionamientos primarios explica los casos en los que las disposiciones funcionan a destiempo y donde las prácticas están objetivamente inadaptadas a las condiciones presentes debido a que se ajustan a condiciones caducas o abolidas (2006: 101)

Por esto, más arriba, habíamos traído a don Quijote cuando luchaba contra molinos de viento que él creía que eran gigantes: porque don Quijote, en realidad, no sabía contra qué estaba luchando. A los gays que hoy son mayores les sucedió algo parecido: pudieron creer que luchaban contra las pantallas de las computadoras y los dispositivos móviles (es más, hasta podría pensar que hundían sus lanzas contra la tecnología en general), pero, tal vez, la verdad era que estaban fastidiados la sucesión de cambios que cambiaban y siguen cambiando a un ritmo vertiginoso y no les dejan hacer pie, tal como lo hacían en el piso del territorio, otrora centro de su gravitación social. El territorio secreto se vaciaba, es mi opinión, menos por la invasión tecnodigital y más porque la homosexualidad iba tomando un estatus de legitimidad ciudadana que la arrancaba de allí. Acaso las pantallas hayan sido una sinécdoque del tiempo que no paraba y funcionado como chivo expiatorio.

Pero lo expresado por Bourdieu aplicaba bastante bien a procesos de cambio en configuraciones sociales no aceleradas, en las cuales la duración de lo nuevo era prolongada. Los gays que hoy son mayores, en cambio, se enfrentaron con la web 2.0 a inicios del siglo XXI, cuando la aceleración en varios planos de la vida social ya no llevaba a períodos prolongados sino a momentos de duración provisoria, de esos que solemos comprobar cuando en la pantalla del celular aparece el amable aviso de la nueva configuración de un entorno operativo que, de no adoptarse, impedirá su uso o su aprovechamiento integral.

Por lo tanto, la significación de la web como una presencia molesta y demandante para los gays que hoy son veteranos también debe una parte importante a la incitación al cambio acelerado. La otra parte fue la migración de golpe y porrazo desde los territorios al mundo virtual. Tal vez, demasiada exigencia de reconversiones subjetivas y prácticas para un segmento que se

había formado en los formatos fijos de la discriminación y de los resguardos territoriales que habían construido a su alrededor.

El tercer tema se desprende casi lógicamente de los dos anteriores: es la relación entre la pertenencia generacional a un colectivo discriminado y la falta de moratoria social. Puesto a repasar las consecuencias de la aceleración en el plano de la acción social, Javier Cristiano comenta que este proceso lleva:

- 1) a la reducción de la duración del pasado incorporado que resulta pragmáticamente útil para la acción; 2) a la reducción de la duración de las situaciones de acción conocidas y aprendidas previamente; 3) a la reducción de la duración de las representaciones del futuro postuladas por el actor como posibles (2020: 844)

Por supuesto, el autor se refiere al saldo neto que la aceleración deja en el conjunto de las sociedades.

Sobre esta situación transversal se debería pensar en una suerte de estratificación entre los más y los menos proclives a convivir (sin conflictos o sin mayores conflictos) con la nueva rítmica social portadora de novedades que están a punto de vencer. Aquí nos encontraríamos ante un ejemplo clásico de la brecha digital ampliamente mostrado por los estudios estadísticos, donde los jóvenes irían a la delantera y los mayores muy detrás. Sin embargo, si a la variable etaria adherimos la variable de la orientación sexual no hegemónica, el ejemplo dejaría de ser tan clásico (y, dicho no sea de paso, de ser tan expuesto por los estudios estadísticos). En pocas palabras: ¿qué habrá significado para los integrantes de un grupo que había permanecido en los márgenes de lo social el imperativo de la adaptación a un ritmo acelerado central y unitario (remarco los dos últimos adjetivos)? ¿Cómo habrán experimentado los gays que hoy son mayores la falta de “moratoria social” para integrarse a ese mundo que absorbía cada vez más al mundo que se pensaba era el mundo único y real?

Concluyo esta primera parte, en la que intenté reflexionar sobre las significaciones sociológicas de la conectividad digital para los gays veteranos. Estoy transitando una escritura difícil que me genera dilemas con los tiempos verbales. Tomé una decisión: la redacción de lo que se leyó hasta ahora está anclada en el tiempo pasado y recurre al modo condicional. Esto último,

porque quise aventurarme con algunas conjeturas inspiradas por formulaciones teóricas sobre el tiempo. Lo primero (y es lo que más me interesa destacar), porque quise retratar el momento del choque de civilizaciones, es decir, del impacto de la sociabilidad digital en la sociabilidad territorial. En la segunda parte, en la que utilizaré el tiempo presente y el gerundio, trataré de observar algo de cómo siguió la historia tras el impacto, es decir, no ya conjeturar sólo sobre aquello que la sociabilidad conectiva hizo con los gays, sino mostrar lo que éstos pudieron hacer con ella.

3. Algunos usos populares gays de la conectividad digital

Dos lemas alientan el desarrollo de lo que sigue: primero, el significado originario de la sociabilidad digital no debe distraer de los usos de la digitalidad que hace el pueblo gay veterano; segundo, que los significados se adquieren, cuestionan y descartan a medida que se desenvuelve la propia experiencia; y la experiencia de la sociabilidad mediada por TICs tiene ya una historia que ronda los veinte años, tomando como referencia un tanto grosera la aparición de la web 2.0, en 2004.

Aparecerían, entonces, dos cuestiones: una jaula tecnológica cuya presencia, con el paso del tiempo, podría ir asimilándose y un sujeto digital genérico que, a la vez que no puede desconocerla, también puede moldearla con fines de representación y auto representación identitarias. La famosa figura del “prosumidor”,⁴ extensamente evocada en los estudios culturales de la web, también viene muy bien aquí. Como nunca antes, una oferta tecnológica permitió semejante grado no sólo de uso sino también de manipulación, a tal punto que quien navega por las cañerías invisibles de la web puede hacer nudos estrafalarios con los caños menos pensados, si va advirtiendo que son útiles para la construcción de sentidos para sí mismo.

Por supuesto: estas posibilidades de subjetivación activa no están distribuidas igualmente por grupos de edad, señalan de inmediato los críticos, más aún si pensamos en los gays que hoy son mayores. Las conclusiones no

⁴ Una historia del concepto de prosumidor puede encontrarse en Sánchez Carrero y Contreras Pulido (2012): “Se cree erróneamente que el término prosumidor ha surgido en los últimos años. En este artículo indagamos sobre el origen del concepto que emerge en los años 70 del siglo XX de la mano de McLuhan y Alvin Toffler, relacionando sus postulados con algunos de los nuevos medios como son las redes sociales” (62).

tardan en llegar: quedaría demostrado que en el ágora pública digital el pueblo gay veterano no encuentra un lugar.

Marciano y Nimrod (2021), entienden que este problema que se manifiesta en la web es, en realidad, el efecto de una causa gravosa que hay que buscar en el exterior, lejos de las pantallas. Citan un texto de Nancy J. Knauer:

Hoy, el complejo interjuego entre el envejecimiento y la homofobia oscurece aún más las identidades gays de quienes están envejeciendo y mantiene sus preocupaciones fuera de la mirada pública. Los estereotipos sobre la vejez y las construcciones homofóbicas trabajan en conjunto para hacer verdadera la idea de que ser gay y viejo es una imposibilidad porque ser mayor no es sexual y porque los gays son, por definición, solamente sexuales. De acuerdo a este razonamiento, un mayor no puede ser también homosexual ni tampoco un homosexual puede ser también un mayor (Knauer, 2016: 55)

No me resulta fácil adherir a una consideración tan tajante que, por momentos, recuerda más al imaginario heterosexista sobre los mayores gays que a mis recuerdos de cómo viven varios mayores gays que me son cercanos. Soy observador, tengo buena memoria. Aun así, es indudable que el argumento tiene representatividad y, justamente por eso es interesante preguntarse si, dentro del conjunto de posibilidades interactivas y de producción de contenidos de la web 2.0, los gays veteranos pueden hacer algo para volver más factible la combinatoria que Knauer observa tan problemática en el exterior.

A continuación, basado en fuentes heterogéneas como entrevistas en profundidad, observaciones participantes y no participantes en la web y, en menor medida, estudios académicos, presento algunos de esos haceres. Lo hago mediante cinco afirmaciones que no aspiran a ninguna generalidad y que sólo quieren alentar (y alentarme) a la profundización de este tipo de estudios, prácticamente inexistentes en el campo académico de mi país.

La conectividad digital es utilizada para realizar de una forma indirecta la salida del armario.

Orlando tiene 76 años y es padre de tres hijos, productos de un matrimonio celebrado en la segunda mitad de los años 80. Conversé varias veces con él. Manifiesta que no tuvo coraje de sentarse frente su familia para

contarles y siente que está ante un dilema: piensa que no tiene derecho a darles una noticia que no querrían escuchar pero que tiene la necesidad de que sepan que es gay. Entonces Orlando aprovecha Facebook para confirmar lo que todo el mundo sabe. Sus hijos más otros miembros de la familia son amigos en la red. Me cuenta que los hijos, con solo recorrer la sección “amigos” suya ya pueden darse cuenta de que muchos de sus amigos son gays y que, por lo tanto, pueden sacar sus propias conclusiones. Pero Orlando no se detiene: sube contenidos que, según él, cualquier persona podría identificar como contenidos gays o, al menos, no heterosexuales. A tal efecto, es infalible, dice, compartir en el muro propio posts de referentes populares del mundo gay (desde Freddie Mercury hasta Cris Miró). Orlando también sube imágenes de sus salidas al teatro con amigos y, a veces, hace *copy-paste* de poemas o sentencias que valoran la autenticidad. Razona: cualquiera que se ponga a hacer las cuentas se daría cuenta que está ante una persona gay. Y concluye diciendo que, si sobre las señales que él dio, en el futuro sus hijos quieren preguntar, él les confirmaría. Desea que la revelación recorra ese camino: de la familia a él y no al revés porque no quiere sentirse culpable de causarles daño.

Pareciera que la conectividad digital le sirve a Orlando para amortiguar el supuesto costo presencial de la salida del armario, bajo el entendimiento de quien avisa no decepciona y confiando en el beneficioso efecto dominó que puede provocar la colocación de sus imágenes en la web. En otras entrevistas a gays mayores también apareció esta forma de desclosetamiento acompañadas de razonamientos parecidos.

La conectividad es un medio valorado para informarse en asuntos referidos a la salud.

Armando tiene 72 años. Cuando le pregunté qué anda haciendo por la web me dijo que no existe nada mejor que navegar para informarse sobre la salud en general, las enfermedades de transmisión sexual y sobre algunas situaciones particulares de la edad como el recupero de la función eréctil por medio del sildenafil o el disfrute juicioso del sexo anal. Si bien esos temas aparecen en las conversaciones cotidianas con amigos íntimos, considera que, directamente, son temas tabúes cuando él entra en los escenarios médicos. Lee sobre síntomas, contraindicaciones, efectos secundarios, modos de administración de los estimulantes, profilaxis, etcétera. También sigue por Instagram a un joven proctólogo que se animó a hablar sobre salud anal,

convirtiéndose en un *influencer* que hace militancia contra el terror.⁵ No está seguro de lo fidedigno de la información que encuentra en cada *web page*; aún así dice que con la lectura conjunta puede armarse un cuadro de situación (algo parecido a un mapa mental) para ir a la consulta médica con dudas y temas definidos que, si el contexto lo permite, puede convertir en preguntas. No siempre lo puede hacer. Me contó que la empatía con el personal de salud representa un punto de llegada difícil y que le ha sucedido más de una vez que cuando logró tener confianza con alguien, la obra social luego lo cambió de centro de atención. Dijo que es muy espinoso hablar sobre algunos temas pero que la web le sirve, por lo menos, para reducir la asimetría de los saberes y manejar un vocabulario común con los médicos.

En un estudio con encuestas, Chio, Kittle y Meyer (2018), señalan que, si bien los mayores gays parecen tener estados de salud similares a los de sus coetáneos heterosexuales, los primeros consultan más Internet para buscar información sobre salud, lo que podría reflejar, tal vez, una necesidad de información más especializada, siendo probable que dicha necesidad se origine en la circunstancia de vivir solos en un porcentaje significativo. O, quisiera agregar yo, a la decisión de mantenerse sexualmente activos y explorar cuáles son los nuevos límites físicos para hacerlo sin mayores riesgos para la salud.

La conectividad digital posibilita encuentros sexuales con grados no desdeñables de seguridad.

Albano (72 años) visita páginas de *escorts*, algunos de los cuales se publicitan como especialistas en atención a gente mayor y/o discapacitada. Luego de pedir fotos precisas, propone una cita (la primera vez) en un hotel alojamiento. Manifiesta que le va bastante bien, aunque no todos son profesionales y algunas veces se siente defraudado. Cuando esto sucede se dirige a un sitio web donde los clientes cuentan sus experiencias fallidas con la expectativa de encontrar el nombre de los no profesionales que estuvieron con él. Pero también en ese sitio puede encontrar relatos de experiencias

⁵ El diario argentino presentaba una entrevista al proctólogo así: “Desde la literatura canónica hasta la charla de sobremesa, el sexo anal es blanco de bromas y vergüenza, y sinónimo de sometimiento, deshonra y hasta terrorismo político. ¿De cuántas cosas más puede ser metáfora? En esta conversación son SOY, Lucas Quelín, médico proctólogo cuyo contenido es furor en las redes, desarma la idea de ‘culo roto’ y con ella también, las peores resonancias –perjudiciales para la salud– sobre esa zona del cuerpo que sigue siendo tabú.” <https://www.pagina12.com.ar/542362-lucas-quelin-el-proctologo-que-se-animo-a-hablar-de-salud-an>

fabulosas con otros *escorts* que estimulan la imaginación y refundan la mística morbosa del comercio sexual con chongos sub 30. Por supuesto, en la era de la conectividad digital, los muchachos también tienen un lugar donde contar sus propias experiencias porque hay clientes de todo tipo. Una noche, Yónatan, que había atendido varias veces a Albano, me mostró un nutrido grupo de *whatsapp*.

De forma concurrente, entonces, la sociabilidad digital serviría, por un lado, como un facilitador para conseguir sexo a medida y, por otro, para ampliar la imaginación mientras se hace de *voyeur* de las experiencias sexuales placenteras de los demás. Este último me parece un uso muy sugerente que quisiera desarrollar un poco más.

La conectividad digital estimula la imaginación erótica con nuevas imágenes de lo sexualmente posible vía la pornografía.

Lejanos del tiempo en que, en contextos urbanos, podían comprar revistas cuyas portadas estaban cubiertas con celofán oscuro, los gays que hoy son mayores transitan gratis por las páginas pornográficas estructuradas por un sinnúmero de categorías para el visionado, que les brindan una verdadera ventana para observar los mundos de la experimentación sexual entre varones. No se trata, sencillamente, de un *voyeurismo* pasivo. Se encuentran ante imágenes que cubren con un manto de realidad prácticas que, más que probablemente, hayan realizado años atrás en la nebulosa, bajo sospechas inducidas de parafilias y desórdenes psicológicos. En otros términos, se trataría de un *voyeurismo* activo porque, a su modo, alienta un imaginario de grupalidad alimentando por la idea de que en ese mismo momento otros están mirando lo mismo o que entre todos se están mirando haciendo lo mismo. Otro ejemplo de consumo colectivo que podría agregarse al catálogo siempre provisorio de los consumos masivos y populares.

El uso de la conectividad digital brinda oportunidades para seguir creando sentidos generales de pertenencia.

Cuando comencé este escrito dije que los gays que hoy son mayores se socializaron en los territorios secretos que habían logrado arrancarle a la ciudad oficial, y que esa comparecencia cara a cara, aún realizada en silencio, les daba peso en un mundo que, por el contrario, los hacía flotar en el espacio del sinsentido, visto que la homosexualidad era palabra prohibida. Se trataba de un contenido vivencial singular de esas generaciones.

Desde hace mucho tiempo, la palabra “comunidad” acompaña el derrotero de la vida social de los gays en Occidente. Ocurre algo curioso: la palabra forma parte del habla cotidiana, tanto como del habla política y de la literatura académica; posee un encanto difícil de resistir, aunque se tiene conciencia de que su ubicuidad puede terminar por desorientar respecto de cuáles serían sus referentes empíricos. Nada grave, desde luego. Es insensato pelearse con las ramificaciones de los significados. Lo único que corresponde sería situar a cada uno en sus contextos de producción y de uso.

Si se hace depender la existencia de una comunidad de las interacciones recurrentes de personas de cierto tipo en un tiempo y en un lugar donde escenifican ideas más o menos compartidas, se tendría una comunidad morfológica. Uno puede recorrer, por ejemplo, los mapas de la ciudad de Buenos Aires (Meccia, 2021) y observar las formas que adquiriría la comunidad observando los puntitos estampados sobre los territorios que los gays usufructuaron tiempo atrás. Sin dudas, que esa comunidad morfológica (y silenciosa, como dijimos) no existe más, se perdió. 40 años de democracia, más la creciente legitimidad de los proyectos de vida individuales más la llegada de la conectividad digital hicieron lo suyo.

Pero: ¿qué pasó con lo comunitario?

La conectividad hizo que el tiempo no dependiera más del espacio y las interacciones no tan estrechamente. En paralelo, virtualmente, todo el mundo puede sumarse a las interacciones mediadas por las nuevas tecnologías. Tal vez para algunos colegas ya no corresponda hablar de comunidad, pero pareciera que los dedos de los internautas piden a los sociólogos que reconsideren la gravedad de esa posible supresión. Todo un dilema.

Recorro los muros de Facebook de unos cuantos gays que hoy son mayores. A veces participo de algunos de sus *posts* con mis comentarios. Llama la atención el tono de rememoración y, en particular, de efemérides que suele aparecer. Una foto (trucha) de Salvador Dalí abrazado a Federico García Lorca, Lucchino Visconti dando instrucciones en el *set* a Alain Delon, un video (extraído de Youtube) en el que Jorge Donn besaba la mano a Roberto Goyeneche, otro video de Carlos Jáuregui entrevistado en la televisión, Freddie Mercury, Marlon Brando, Alejandra Pizarnik, Brad Davis, Arturo Bonín, Mario Pasik, Montgomery Clift, Susana Rinaldi, más el colorido etcétera que se imagina.

Es difícil concluir que esto viene a cuenta de la existencia de una comunidad, pero tampoco es fácil concluir todo lo contrario. Tal vez convenga decir solamente (ni más ni menos) que los gays que hoy son mayores se mudaron a las pantallas y que desde allí siguen tramitando sentidos de pertenencia a una comunidad que necesitan imaginar. Y varios signos indicarían que ya no combaten las pantallas como hizo don Quijote con los gigantes. Ahora, ellos verían que las pantallas son más parecidas a los molinos de viento.

4. Reflexiones de cierre

Cuando leo artículos o escucho intervenciones académicas sobre los gays veteranos, suele suceder que me encuentro con una narrativa lastimosa anclada en una narrativa victimista mayor. Hay presunciones fuertes, por ejemplo, que desde el mundo gay juvenilista se los discrimina, que tienen dificultades de sociabilidad y por eso se aíslan, que sus vínculos con la conectividad digital son deficitarios debido al extrañamiento que les produce y que, por lo tanto, serían sobrevivientes que habitan un mundo impasible.

Pero decirles “sobrevivientes” acaso sea insuficientemente descriptivo y seguro que no es justo. Son más que eso. Pienso que es más afortunada la figura de los “forasteros” de Alfred Schutz (1974), quien retrató los tropiezos y los aciertos de personas que querían incorporarse a la vida cotidiana de un escenario social desconocido. Ellos ya tenían su propia historia, pero también eran unos recién llegados.

A lo largo de estas páginas espero haber retratado con verosimilitud a ese conjunto de individuos que experimentaron la interrupción de la corriente del hábito e hicieron cosas para conectarse con su mundo desde otro lugar.

Bibliografía

- BAJTIN, MIJAIL. *Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación*. Madrid: Taurus, 1989.
- BOURDIEU, PIERRE. *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- CLARKE, ARTHUR C. *Profiles of the Future: An Inquiry Into the Limits of the Possible*. New York: Harper & Row, 1962.
- CHAUNCEY, GEORGE. *Nueva York Gay. Género, cultura urbana y conformación del mundo gay masculino (1890-1940)*. Buenos Aires: Prometeo, 2023.

- CHOI, SOON KIU, KITTLE, KRYSTAL, Y MEYER, ILLAN H. “Aging LGB adults in California: findings from the 2015–2016”. *California Health Interview Survey*. Los Angeles: The Williams Institute, 2018.
- CRISTIANO, JAVIER. “Para una precisión sociológica del concepto de aceleración social”. *Estudios Sociológicos* vol. 38, núm. 114, 2020.
- DOMÍNGUEZ GONZÁLEZ, DAVID Y DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ-PINILLA, MARIO. “Panoptismo digital y gubernamentalidad algorítmica. Una mirada desde la teoría social”. *Las Torres de Lucca. Revista Internacional de Filosofía Política*, vol. 12, núm. 2, 2023.
- GOFFMAN, ERVING. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- KIRKPATRICK, DAVID. *The Facebook Effect: The Inside Story of the Company That Is Connecting the World*. New York: Simon & Schuster, 2010.
- KNAUER, NANCY F. *Gay and Lesbian Elders. History, Law and Identity Politics in the United States*. London: Ashgate Publishing Limited, 2016.
- MARCIANO, AVI Y NIMROD, GALIT. “Older Gay Men Using Technology”. *Journal of Computer-Mediated Communication*, vol. 26, núm. 1, 2021.
- MECCIA, ERNESTO. *Los últimos homosexuales*. Santa Fe y Buenos Aires: Ediciones UNL – EUDEBA, 2021.
- PECHENY, MARIO. “Identidades discretas” en Arfuch, Leonor (Ed.), *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2002.
- PLUMMER, KEN. *Telling Sexual Stories. Power, Change and Social Words*. London: Routledge, 1995.
- ROSA, HARTMUT. *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Buenos Aires: Katz, 2016.
- SÁNCHEZ CARRERO, JACQUELINE Y CONTRERAS PULIDO, PALOMA. “De cara al prosumidor. Producción y consumo empoderando a la ciudadanía 3.0”. *Icono 14. Revista de comunicación y tecnologías emergentes*, vol. 10, núm. 3, 2012.
- SCHUTZ, ALFRED. “El forastero. Un ensayo de psicología social”. *Estudios de teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu, 1974.